

La niña  
que amaba los  
elefantes

# La niña que amaba los elefantes

JAMES PATTERSON  
ELLEN BANDA-AAKU  
CON SOPHIA KREVOY

Traducción de Marcelo E. Mazzanti



Duomo ediciones

A Saada y Kweku, gracias siempre y para siempre.

—E. B-A.

A mi padre, por animarme a embarcarme en todas las  
aventuras y vivir la vida al máximo, y a mi madre y mis  
hermanas, por su amor y apoyo sin fin.

—S. K.

Los personajes y los hechos de este libro son ficción. Cualquier semejanza con alguna persona real, viva o muerta, es una coincidencia sin intención por parte del autor.

Ilustración de cubierta: Oriol Vidal  
Maquetación y diseño de cubierta: Endoradisseny

Título original: *The Elephant Girl*  
© 2022, James Patterson, por el texto  
© 2024, Marcelo E. Mazzanti, por la traducción

ISBN: 978-84-19834-09-6  
Código IBIC: YF  
Depósito legal: B 18.960-2023

© de esta edición, 2024 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán  
Primera edición: enero de 2024  
Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.  
[www.duomoediciones.com](http://www.duomoediciones.com)

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.  
[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

Impresión: Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (Italia)

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

# PRÓLOGO



**M**i escondite personal estaba a solo quince pasos del abrevadero. El agua era de color marrón claro, y los bordes estaban inclinados y llenos de barro debido a las garras y las pezuñas de mil animales: búfalos, monos, cebras, gacelas, leones. A un lado había un árbol caído con ramas secas y muertas rodeado por matojos verdes. Al otro lado había arbustos con espinas y unas frutas redondas y oscuras.

Era un lugar tranquilo pero peligroso. Por eso lo mantenía en secreto. Cualquier preocupación que pudiese sentir yo por ello quedaba más que compensada por mi necesidad de contar con un refugio propio, lejos del pueblo y todas sus reglas. Como la chica de doce años que era, estaba dispuesta a aceptar riesgos a cambio de tener

un poco de intimidad. Es parte de la magia de la juventud: el lugar donde más feliz te sientes es donde los demás creen que no deberías estar.

Aquel día especial no había visto más animales que una bandada de gangas tontas nadando por el borde del agua. Pero por la tarde volví a mirar y ahí estaban: elefantes. ¡Mis elefantes! Era la misma manada que había visto otras veces.

Siempre me había sorprendido que unos animales tan enormes pudieran moverse con tanta agilidad y gracia, como el viento. Mientras se acercaban me escondí más entre los matorrales y seguí mirando. La hembra a la que yo llamaba Shaba iba en cabeza.

La vi levantar la trompa como si fuese un estandarte y olisquear el aire. «¿Podrá olerme a mí?», me pregunté.

Si así era, no parecía importarle. Shaba guio a la manada hasta el borde del agua y se pusieron a beber.

El corazón me latía tan fuerte que me dio miedo que me oyeran. No importaba cuántas veces hubiese visto a los elefantes, siempre sentía algo poderoso que me cruzaba el pecho de lado a lado.

Shaba se apartó del abrevadero y vi una especie de punta rosa que le asomaba del trasero.

«¿Estará herida? ¿Estará enferma?».

Sus mejillas grises se hinchaban y deshinchaban y movía rápidamente sus grandes orejas. Las otras hembras fueron con ella, pero se alejó más.

Me di cuenta de que lo que quería era que le dejaran espacio.

Al caminar a un lado y al otro, los animales levantaban nubecillas de polvo rojizo que hacían que durante unos segundos yo no pudiera ver qué pasaba.

Un par de minutos después Shaba se detuvo y separó las patas traseras, como si fuese a sentarse en un taburete invisible. Agitó su enorme cabeza. De repente, un brillante saco húmedo se desprendió de ella y cayó al suelo. La forma que había dentro del saco se veía muy clara.

No podía creérmelo. ¡Una cría de elefante!

## UNO



**S**entí cómo mamá no dejaba de mirarme mientras yo me vestía. Tenía esos ojos vidriosos que se le ponían a veces cuando se debatía entre dos sentimientos, como si intentara decidir si estaba contenta o triste.

Estaba así desde que murió baba. Yo siempre notaba cuándo lo echaba de menos, como en ese momento. Aunque ya habían pasado casi cuatro años, si yo misma pensaba mucho en él sentía como si tuviese una piedra en la garganta que no me dejara tragar saliva.

—Estás preciosa, Jama —me dijo mamá mientras las dos contemplábamos mi reflejo en el pequeño espejo que había sobre una mesa de madera. Mamá mentía, como hacen todas las madres.

No creía ser preciosa, ni siquiera guapa, aunque quizá en mis mejores momentos sí podía llegar a estar mona. Normalmente prefería la comodidad del uniforme del cole, pero aquel día me emocionaba vestirme bien para una ocasión especial.

Me gustaba la nueva shuka que la amiga de mamá Busara Kandenge había traído de su último viaje a los mercados de Nairobi. Mamá había cogido una de esas grandes telas gruesas cuadradas y cuidadosamente dobladas con el dibujo tradicional a cuadros que nuestro pueblo, los masáis, viste desde hace generaciones, y me la había colocado sobre los hombros y atado a la cintura.

Después me puso el collar de grandes cuentas brillantes que se había pasado semanas haciendo. Los masáis somos conocidos por nuestros elaborados collares y joyería de cuentas. El que me había hecho mamá era un círculo liso con diez hileras de cuentas rojas, azules y amarillas que formaban una pieza ancha y colorida.

Aquel día todo el mundo iba a llevar sus mejores adornos.

Pasé un dedo por las suaves cuentas de hueso y barro y me alisé la fina lana de la shuka. El dibujo a rayas amarillas y rojas me quedaba bien con la piel oscura, y el collar me hacía sentir elegante y mayor, igual que mamá.

Sacó colorete y un frasquito de aceite de coco. ¿Maquillarme? ¿No era demasiado?

—¿Tengo que ponérmelo, mamá? —No quería sonar quejosa, pero tampoco que ella se pasara con lo de arreglarme.

—Venga, solo un poquito. No te va a pasar nada. —Y empezó a masajearme la cabeza pelada con el aceite hasta que me quedó bien brillante.

Supe que mamá estaba disfrutando porque empezó a canturrear *Malaika*, una vieja canción de amor en suajili. *Malaika, nakupenda Malaika*, le cantaba baba a ella: «Ángel, te quiero, ángel».

Mientras seguía con la historia de un hombre que quería casarse con su «ángel» pero no tenía suficiente dinero, dejé que me pintara pequeños puntos en la cara con la crema roja. Como último toque me puso una cinta en la frente con cuentas amarillas y me ajustó la shuka de forma que se mantuviera en su lugar por mucho que bailara yo aquel día.

—Lista —me dijo, contenta, con los ojos húmedos de nuevo.

## DOS



**E**star guapa era algo que nunca me había preocupado mucho, pero me complació verme una vez más en el espejo. Los ojos, que normalmente no me gustan porque los tengo demasiado grandes, ahora parecían más proporcionados con los otros rasgos de mi cara. Y el colorete me destacaba los pómulos altos, que para mi amiga Nadira eran lo mejor de mi físico. Me alegró lo mucho que en ese momento me parecía a mamá, que era espectacular de verdad. Todo el mundo lo decía, sobre todo baba, que insistía en que era la clase de mujer sobre la que se escriben canciones de amor.

—Hoy va a ser un día maravilloso, Jama.

Asentí con entusiasmo genuino. Llevaba esperando la ceremonia del eunoto toda la semana, todo el mes; bue-

no, toda la vida. Para mí era el primero. Aunque nuestro pueblo se había vuelto más diverso con el paso de los años, seguíamos celebrando ceremonias masáis para los miembros masáis de la comunidad.

Me imaginé a todos los chicos, los jóvenes guerreros, que también se estaban preparando en ese mismo momento para su gran día. Todo nuestro pueblo se iba a reunir para verlos convertirse oficialmente en hombres, listos para casarse.

Las viejas tradiciones dictaban que los niños vivieran diez años juntos en la emanyatta, un campamento para guerreros donde aprendían a sobrevivir en la maleza y tenían que demostrar que eran fuertes y temerarios cumpliendo tareas como matar un león. Ese entrenamiento los preparaba para proteger las enormes cantidades de ganado que constituían nuestro orgullo y nuestro poder como masáis.

Nuestros guerreros eran muy temidos, ya que se dedicaban a conquistar otras tribus mientras viajaban buscando tierras para pastar.

Pero diferentes épocas de enfermedades y sequías acabaron con mucha de nuestra gente y nuestro ganado. Y, encima, llegaron los blancos y les robaron las tierras a los masáis. Ni los más valientes guerreros con las ma-

yores lanzas pudieron con los ejércitos invasores y sus armas de fuego.

Así que nuestras tradiciones han tenido que cambiar. Ahora los hombres tienen que ir al colegio y a trabajar; no tienen tiempo para pasarse diez años en un campo de entrenamiento. Y a nadie se le ocurriría siquiera matar un león a menos que no hubiese otra alternativa para proteger al ganado, aunque no hubiese nuevas leyes que hicieran ilegal acabar con animales salvajes.

Doy las gracias a Ngai en el cielo por que los animales estén protegidos.



## TRES



**V**oy a ver si la kokoo Naserian está lista —le dije a mamá, y salí y recorrí la breve distancia que había entre nuestra manyatta y la de la kokoo, tía abuela de baba.

Nuestra manyatta era más pequeña que las de otras familias, apenas compuesta por cuatro enkajijik, cabañas redondas con techo y construidas a mano por mamá con la ayuda de sus amigas a base de barro, ramas y hierba, para después rodearlas con una boma, que es una verja hecha con lianas llenas de pinchos, tan gruesa que a ningún animal salvaje se le ocurriría intentar atravesarla.

Nuestra cabaña era pequeña pero cómoda, y mamá y yo dormíamos muy cerca, en colchones de hierba colocados uno junto al otro en el suelo, de forma que yo me

dormía y me despertaba oyendo sus suaves ronquidos. Había una ventanita cubierta con una pantalla de tela, a través de la cual veía salir el sol y volar los pájaros o caer la lluvia.

Crucé las demás cabañas hasta llegar a la de la kokoo Naserian, en la otra punta. Una fina columna de humo se elevaba del enkajijik que usamos para cocinar, al lado del nuestro. Más allá me recibió el espeso olor a cuero que salía del enkajijik que usaba mamá para su trabajo como fabricante de sandalias. En realidad, esas dos cabañas habían sido creadas originalmente para albergar a los muchos muchos hijos que iban a tener mamá y baba (una para los chicos y la otra para las chicas), aunque al final todo fue diferente, y solo pudieron tener una hija —yo— antes de que baba muriera. Así, estábamos solo mamá y yo, y la kokoo Naserian en la cuarta cabaña.

Al pasar, unas pocas gallinas me picotearon y cacarearon, y nuestra enclenque cabra me observó con mirada perezosa. Mi trabajo era ordeñarla, cosa de la que iba a tener que encargarme al día siguiente, además de recoger unos cuantos huevos, aunque por el momento preferí mantenerme bien lejos de ella para no ensuciarme la shuka nueva.

Crucé la entrada oscura y estrecha de la cabaña de la

kokoo Naserian. En el cole teníamos electricidad gracias a un gran (y ruidoso) generador, pero en casa no. A la kokoo ya le parecía bien porque no se fiaba; estaba convencida de que la luz solo puede venir del fuego y el sol.

Y, a pesar del brillante sol que colgaba aquel día del cielo, apenas alcancé a ver los ojos de la kokoo Naserian, amarillos y entelados en la mínima habitación, iluminada apenas por una pequeña vela. Contuve el aliento para evitar el olor a humedad, como de guiso karanga que ha estado demasiado tiempo al fuego, aunque intentando que ella no lo notara; mamá me mataría si me pillase faltándole al respeto a alguien, sobre todo a los mayores.

Y la kokoo Naserian era tan anciana que decía que si Ngai que está en los cielos no la devolvía pronto a la tierra, le iban a crecer de nuevo los dientes que se le habían caído. Los otros del pueblo no tenían mucha paciencia con sus historias interminables repletas de un sinfín de refranes, pero yo la adoraba.

—¡Supa kokoo! —la saludé.

—Supa. ¿Eres tú, Jama? —preguntó ella, entornando la vista ante la luz que le llegaba desde detrás de mí; y es que la kokoo también estaba bastante ciega.

—Sí, kokoo Naserian. He venido a buscarte. ¿Estás lista para la celebración?

Una vez dentro, fui hasta la sillita de madera, también hecha por baba, para darle un beso a la kokoo y ayudarla a levantarse. En mis brazos la sentí ligera y delicada como un colibrí.

—Sí, niña, estoy lista. Seguramente este será mi último eunoto antes de que Ngai me reclame.

—No digas eso, abuela.

Yo ya estaba acostumbrada: llevaba desde mi nacimiento oyendo a la kokoo Naserian anunciar su muerte inminente, a pesar de que ahí seguía, tozuda como siempre y lista para soltar una historia más, una moraleja más, y masticar anacardos todo el día. Era imposible no pensar que iba a vivir eternamente.

No sabía cuál era su edad exacta; había nacido antes de que la gente anotara su fecha de nacimiento. Me había contado que en sus tiempos medían la edad por las estaciones: un niño que hubiera pasado tres temporadas de lluvias tenía tres años. Supongo que por entonces las estaciones eran más fiables y aún no había llegado el calentamiento global para poner patas arriba el tiempo y el entorno.

La kokoo Naserian nació unas diez estaciones después de que los ingleses expulsaran a los masáis de su tierra. Sé por las clases de Historia que eso fue en 1911,

así que ella debía de tener casi cien años. Y es por eso que tiene tantas historias que contar. Yo estaba totalmente preparada para que empezara a soltar anécdotas de eunotos pasados y me dedicara un largo discurso sobre la importancia de mantener nuestras tradiciones: su tema preferido es «las antiguas costumbres». Pero aquella mañana se mantuvo en silencio, algo poco habitual en ella.

## CUATRO



**L**a kokoo Naserian se apoyó con fuerza en su bastón y salimos lentamente hasta la puerta de nuestra boma, donde mamá nos esperaba.

El sol refulgía contra las cuentas brillantes que formaban una corona alrededor de la cabeza afeitada de mamá. Su gran sonrisa le ocupaba toda la mitad inferior de la cara. Por el momento, la felicidad vencía a la tristeza; y ella siempre decía que todo iría bien mientras consiguiéramos mantener ese equilibrio.

—¿Estás lista para bailar, kokoo Naserian? —exclamó mamá, con un brillo de cariñosa ironía en la mirada.

La anciana intentó mover el cuello de lado a lado y se echó a reír.

En cuanto llegamos con mamá, de repente le di un

gran abrazo. Pareció sorprenderse tanto como yo misma.

Yo ya no era una niña, siempre abrazándome a ella o sentándome en su regazo o cogiéndola de la mano; pero en aquel momento sí me sentí como si fuese pequeña de nuevo, como si ella fuese a llevarme en mi primer día de cole.

Últimamente me pasaba de vez en cuando, era un pronto que parecía salir de la nada. A veces era de alegría, y otras tantas era de rabia, sobre todo por la muerte de baba. Eran unos sentimientos que me invadían de repente sin razón o explicación, como chubascos.

En cuanto la solté sentí vergüenza. Decidí andar unos pasos por delante de ellas dos.

Seguimos el camino de tierra y piedras junto a las manyattas de nuestros vecinos, que ya estaban vacías porque todo el mundo había salido hacia la ceremonia. Pasamos unos cuantos corrales; algunas de las vacas levantaron sus grandes ojos de la hierba para seguirnos con la mirada. Me gustaba que el terreno fuera tan llano que me permitiera ver hasta muy lejos en todas direcciones, extensiones sin fin de hierba alta y marronosa punteada por arbustos de color verde oscuro y acacias.

Cuando la kokoo Naserian era niña, nuestro pueblo aún se movía mucho a lo largo de un territorio de cientos

de kilómetros, para que el vasto y valioso ganado pastara en diferentes lugares, pero ahora nos hemos establecido en poblados. Estaría bien viajar y vivir en distintos lugares según la estación, pero también es bueno tener un hogar fijo.

Yo nací justo donde vivo, en la misma habitación en la que sigo durmiendo cada noche. No he estado en otros lugares, y me hace sentir segura el hecho de conocer esta tierra, su olor, sus sonidos, tanto como mi propio cuerpo.

Justo entonces, dos turacos grises, con sus altos penachos de plumas como cuernos de unicornio, descendieron desde las alturas soltando su canto tan fuerte y particular, como el llanto de un recién nacido. Se llamaban el uno al otro sin parar, como si supiesen que aquel día había una gran celebración y compartieran nuestra emoción.

La kokoo Naserian caminaba tan lenta que llegar al pueblo nos costó el doble de tiempo de lo que hubiésemos tardado mamá y yo solas, pero enseguida nos llegó el olor de la carne cocinándose y oímos los cuernos y la mezcla de ruidos animados que fueron sonando más y más fuerte. Parecía como si toda Kenia hubiera acudido a la celebración.

## CINCO



**T**odos estaban reunidos frente al colegio, un pequeño edificio de una sala hecho de ladrillo rojo al que el fuerte sol había vuelto naranja. Alrededor había una hilera de puestos, mesas separadas por láminas de metal corrugado en las que se vendía fruta y cuentas y grano.

Dejé allí a mamá y a la kokoo Naserian y fui a buscar a Nadira. Confiaba en encontrarla con su familia, pero estaba con un grupo de chicas del cole —Halisi, Endana, Lisha y Kitwana— ante la gran campana plateada en un extremo del patio.

Habían formado un corro muy apretado, hombro con hombro, intimidante e impenetrable como la verja de nuestra boma. Me hubiera costado tanto como a un león

atravesar ese círculo, así que empecé a alejarme, pero Nadira ya me había visto y me saludó con un brazo, moviéndose un poco para dejarme espacio.

—¿Mi Jama, maquillada? ¡Sí que es un día especial!  
—Rio, burlona, y me acarició la mejilla. Después me cogió de la mano y me la apretó.

Me sentí muy agradecida.

Últimamente nunca sabía con qué Nadira iba a encontrarme. A veces era como en los viejos tiempos; a fin de cuentas, habíamos jugado juntas desde nuestros primeros pasos. Nuestras madres decían que éramos hermanas nacidas bajo la misma luna, con solo cuatro días de diferencia.

Nadira conocía todos los secretos de mi vida: que a veces me culpaba a mí misma por la muerte de baba; que en una ocasión robé una pequeña pulsera de piedra en el puesto del mercado de Akini, una amiga de nuestras madres, solo por ver si era capaz de hacerlo, pero después tuve que devolverla porque me sentí demasiado culpable; que hacía unos meses me había asustado mucho porque me vino la sangre y creí haberme cortado ahí abajo y que eso iba a causarme una infección como la que había acabado con baba.

Nadira siempre lo comprendía todo y nunca me juz-

gaba. Ella también me contaba sus secretos, como que a veces no creía en Ngai pero después le daba miedo que fuese a castigarla por no tener fe en él. Yo me reí y le dije que no podía preocuparse por lo que Ngai pensara de ella y a la vez no creer en su existencia. Nadira también se rio. Me alivió darme cuenta de que, aunque se cuestionaba sus creencias, seguía teniéndolas.

En los últimos tiempos todas sus confesiones eran sobre Jehlani y cuánto soñaba con él y lo mucho que deseaba que le permitieran casarse con él, y que no podía esperar a mudarse a Nairobi e ir con él a lugares donde pudiesen bailar con la música a todo volumen.

Quizá a mí también me gustaría ir alguna vez a Nairobi, aunque no a bailar con música muy fuerte. Pero, en cuanto a Jehlani, no entendía por qué Nadira o alguien querría casarse con él... o, para el caso, con ninguno de los chicos que conocíamos: lo único que les gustaba era jugar al fútbol y asegurarse de que todo el mundo los mirara.

Esa era una parte del problema que teníamos Nadira y yo. Ella solo quería hablar de chicos y de casarse y de lo buena esposa que iba a ser, a pesar de que, como yo, solo tenía doce años. En cuanto a mí, había empezado a darme cuenta de que, mientras que las demás chicas so-

ñaban con estar con ellos, yo soñaba con tener el mismo poder y libertad que ellos; así podría correr tan rápido como quisiera y aprender tanto como quisiera, además de que odiaba las faldas y los vestiditos y que me juzgaran y me recordaran siempre qué era lo «apropiado». Igual hasta conseguiría ir a la universidad, que era mi mayor deseo. Quería estudiar las maneras de ayudar a los animales y a la tierra, que se estaba volviendo demasiado caliente y seca.

Estando con las chicas, se me pusieron las mejillas coloradas al recordar que unas semanas antes, en el patio, después de clase, Nadira me contó que algunas habían hablado de mí. Dijeron que «Jama tiene la cabeza en las nubes» y que «se cree muy lista».

Creo que Nadira no pretendió que todo eso sonara tan mal como lo hizo. Y a fin de cuentas era cierto: me creía lista, aunque no pensaba que eso fuera nada malo y ellas lo habían dicho en ese sentido, así que no pude evitar que me acudieran lágrimas a los ojos, aunque enseguida parpadeé para que no se notaran y no creo que Nadira se diese cuenta.

De todas formas, estaba muy distraída mirando cómo los chicos jugaban a luchar en el patio. Exactamente igual que ahora.

Todas las chicas lo estaban haciendo. Las risitas agudas que emitían sonaban demasiado fuertes y poco naturales. Me volví a ver a quién miraban.

## SEIS



**L**eku.  
El chico nuevo había despertado mucha atención y muchos cotilleos desde que él y su familia se habían mudado aquí. Leku estaba con su padre, Solo Mungu, un hombretón imponente y alto como una jirafa, que llevaba unas gafas de sol que parecía no quitarse nunca, así como un uniforme de camuflaje del Servicio de Vida Silvestre de Kenia. Como nuevo jefe de los *rangers* responsables de patrullar la reserva de Naibunga, su misión era evitar la caza furtiva.

Hacía unas cuantas semanas que unos representantes de la reserva habían venido al cole. Su territorio alcanzaba hasta el borde del pueblo y sus miembros eran casi todos masáis. No eran como el SVSK o las otras organi-